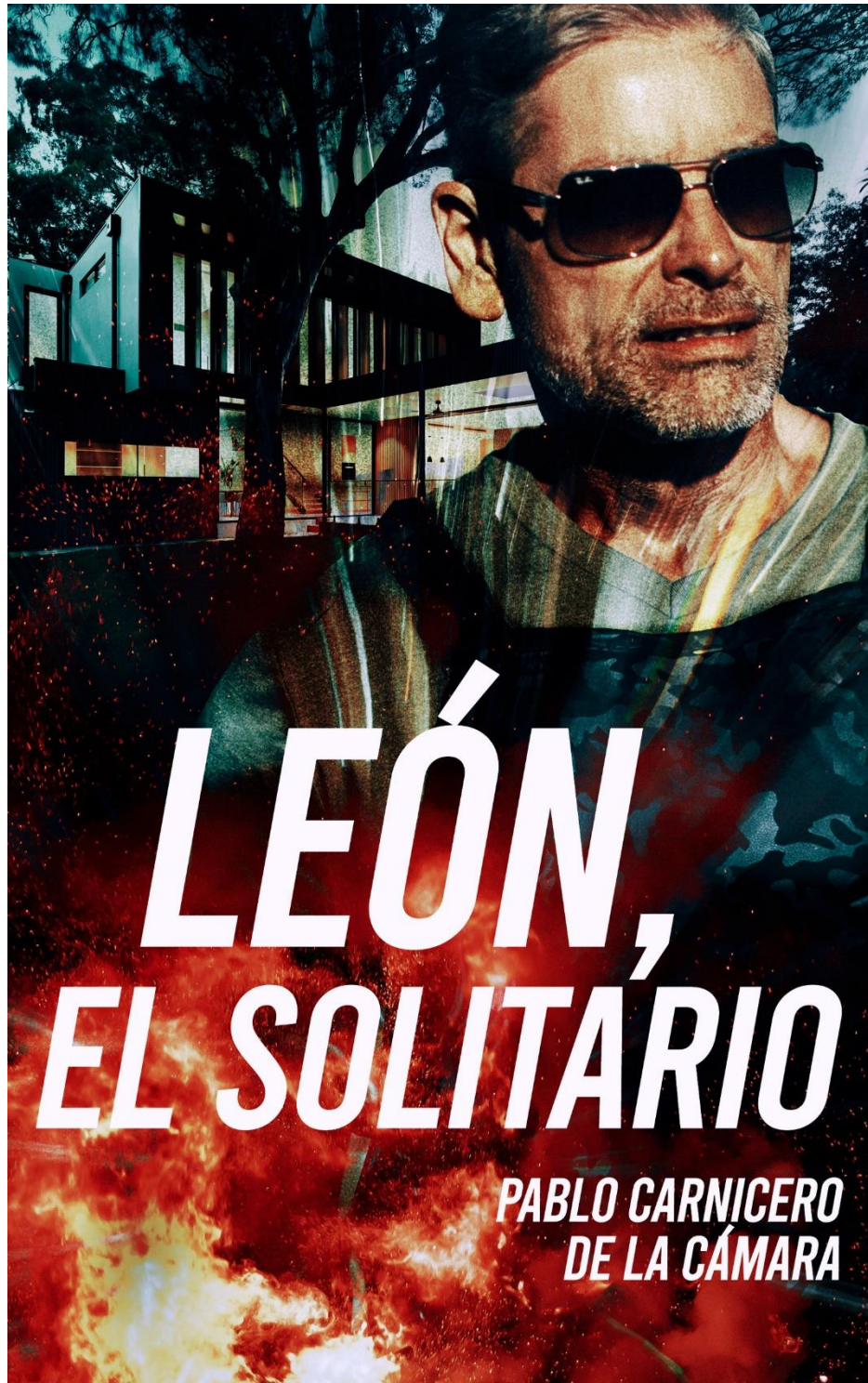




. No está permitido que sea compartido ni publicado con otros lectores sin el permiso expreso de Pablo Carnicero.

1

Matías atravesó el vestíbulo de la terminal 3 de llegadas del Aeropuerto de Madrid Barajas con paso cansado. Cargaba un pequeño macuto de lona color caqui a juego con su chaqueta de algodón. Era un hombre muy corpulento de un metro ochenta y cinco centímetros, cabello oscuro con un marcado corte militar, tez tostada por el sol, mirada severa de ojos grises y boca pequeña y de labios finos. Tomó el teléfono y marcó el número de Anna, su mujer. Cuando ella descolgó escuchó de fondo algo de música y el rumor de numerosas voces.

—Hola, Mat —dijo ella con tono serio—. No esperaba que llegaras esta noche.

—Aproveché un vuelo de la base hacia Aviano esta mañana, y luego compré un billete directo hasta Madrid. Quiero estar mañana en el funeral de mi padre.

—Vale, no hay problema. Estoy en una fiesta en la sede de la empresa. ¿Sabes dónde está?

—No.

Ella ahogó una ligera carcajada antes de proseguir:

—Coge un taxi y que te lleve al Edificio Aurius, en la Calle Alcalá número 65. Avisaré a los de seguridad para que te dejen pasar.

—Gracias.

Ella colgó sin escuchar la respuesta de su marido. Mat suspiró lentamente. Presentía que, de nuevo, tendría marejada esa noche. Siempre que regresaba de una misión su mujer le obsequiaba con un bonito espectáculo de reproches y malos modos. Pero luego, pasadas unas horas, las aguas se calmaban.

Veinte minutos después descendió del taxi frente a la fachada del Edificio Aurius. Era un palacete antiguo restaurado de fachada grisácea con numerosas cristalerías. El vestíbulo era un amplio patio acristalado de gran altura. Allí confió el macuto al recepcionista y, tras identificarse, fue acompañado por un individuo ataviado con un traje azul hasta la azotea. El lugar exudaba lujo y ostentación, y Mat giró el rostro asqueado. El vestíbulo de acceso a la azotea se encontraba repleto de hombres y mujeres elegantes de mirada indiferente que se apartaban de él a medida que avanzaba. En el exterior se escuchaba el sonido de un grupo de pop tocando en directo.

—¡Querido Mat!

Un tipo vestido con un traje italiano de seda negra se detuvo frente a él con una amplia sonrisa. Era algo más bajo que Mat y mucho menos corpulento. Su rostro era ligeramente alargado y de facciones finas y atractivas, cabello oscuro perfectamente peinado y mirada inteligente.

—Hola, Roberto —respondió Mat mientras aceptaba la copa que su interlocutor le acababa de ofrecer—. Menudo jaleo tenéis montado.

—Ya sabes que, de vez en cuando, hay que montar un Sarao en Madrid si quieres mantener tus contactos calientes.

Mat bebió un sorbo de champán. Aquella actitud del primo de su mujer y a la sazón marido de su hermana, lo exasperaba. No obstante, reconocía que le había ido muy bien durante los últimos años: transformó la pequeña inmobiliaria de barrio que heredó de su padre en un incipiente conglomerado empresarial con edificio propio en el centro de Madrid.

—Quiero hablar con Carla.

—¡Pues claro! —Roberto volvió a fingir una sonrisa amable—. Creo que está en su despacho, solucionando un asunto. Si me disculpas... tengo invitados que atender. ¡Avisaré a Anna de que has llegado!

Mat depositó la copa en la bandeja de uno de los camareros y observó durante un instante a la concurrencia. Se encontraba tan fuera de lugar que sintió vergüenza. Regresó a la escalera de acceso y uno de los miembros de seguridad le indicó la ubicación del despacho de su hermana. El sonido de la fiesta se alejó a medida que descendía las escaleras de madera barnizada hasta el penúltimo piso. Allí recorrió un pasillo decorado con elementos imposibles de entender para él hasta detenerse ante una puerta en la que brillaba el nombre de su hermana en letras de oro: Carla León, Directora de Recursos Humanos. Llamó a la puerta. Al no recibir contestación, entró lentamente. Escuchó un sonido en el interior y entró sin llamar.

El lugar era muy amplio, de suelo enmoquetado y decorado de igual manera que el resto del edificio. Sobre una mesa de cristal distinguió dos pequeños montoncitos alargados de un sospechoso polvo blanco. La sangre se le heló cuando percibió la voz de su hermana gimiendo desde una salita anexa al despacho. Si Roberto, su marido, se encontraba en la azotea... ¿qué demonios hacía ella ahí dentro y con quién? El corazón comenzó a latirle con fuerza y contuvo la respiración unos segundos para controlar el extraño sentimiento que comenzaba a aflorar. Decidió salir, porque sabía que la ira que le crecía en el pecho sería difícil de controlar si no le ponía remedio.

Aguardó diez minutos apoyado en una pared cercana al despacho hasta que la puerta se abrió y un individuo apareció lentamente. Era un tipo grueso no muy alto, de edad madura y aspecto grave. Vestía un caro traje gris que trataba de recomponer y alisar. La mirada de Mat refulgió como si dos brasas de fuego grisáceo se trataran, y se abalanzó sobre él con dos rápidas zancadas. El aterrado individuo retrocedió hasta la pared y lanzó un gemido que Mat ahogó al taparle la boca con la mano izquierda. Los ojos desorbitados del desconocido lo observaban mientras sus resoplidos se ahogaban contra la mano de Mat, pringándola con sus babas. La mano derecha de Mat apretó los testículos que mantenía asidos férreamente, y el desgraciado emitió un quejido estridente.

—Soy capaz de romper cáscaras de cocos con las manos, hijoputa —dijo Mat con los dientes apretados, como si tratase de masticar su rabia y contenerla—, así que no te muevas. Mi hermana es una mujer casada, y no parece que te importe demasiado. Estás de mala suerte, porque yo estas cosas me las tomo muy en serio. ¿Me comprendes?

El interpelado asintió con la cabeza torpemente.

—Es la última vez que se la metes a una mujer casada, hijoputa. ¿Está claro? Veo que sí, mueves la cabeza como un pajarito.

Soltó la presa, y el desdichado se desplomó como un muñeco sin vida mientras emitía un lamento estridente. Mat lo observó una vez más con desdén y entró en el despacho de su hermana.

Lanzó un juramento en voz baja al observarla esnifando lo que quedaba de cocaína sobre la mesa de cristal. Cerró la puerta con fuerza, y ella alzó la cabeza ligeramente sorprendida. Al distinguirlo, sonrió y se incorporó. Era una mujer espectacular: alta y esbelta como una modelo profesional, de rostro simétrico con facciones suaves y ojos grandes y almendrados. Su vestido de alta costura mostraba un escote voluminoso y unas largas piernas. Las lentejuelas color esmeralda de la falda relucieron mientras ella se aproximó hasta él y trató de besarlo en la mejilla. Mat la detuvo con un gesto duro.

—¿Acabas de follarte a ese mendrugo de ahí fuera? —gruñó indignado.

Las pupilas de ella, dilatadas por el efecto de la droga apenas, brillaron.

—Soy una mujer adulta —replicó ella con una ligera sonrisa. Se giró hasta la mesa del despacho, donde extrajo un cigarro de una pitillera plateada y lo encendió con un mechero a juego. Expulsó el humo en dirección a su hermano, consciente de que él lo odiaba.

—Eres una mujer casada, por el amor de Dios —intervino él con la voz grave y tosca—. Tu marido podría haberos pillado...

Carla negó lentamente con la cabeza. Apartó un mechón rubio del flequillo y se apoyó sobre el borde de la mesa.

—Entonces, podría haberse unido —apuntó aun divertida—. Nos lo pasaríamos bien.

—Joder, Carla...

Mat guardó silencio. ¿Qué tenía que reprocharla?

—Mañana enterramos a nuestro padre —observó el lugar con una mirada cargada de desprecio—, y tú andas de fiesta poniéndole los cuernos a tu marido.

—¿Quieres que me vista de negro y guarde luto por ese cabronazo? —sus palabras parecían cuchillos.

—Joder, no Carla, pero...

—¿Has venido desde a tomar por culo para decirme: “joder, Carla”? —rio ella.

—He venido a enterrar a mi padre y ver a mi familia.

Aquella frase borró la sonrisa socarrona dibujada en el rostro de Carla. Sostenía el cigarrillo con la mano derecha muy cerca de su boca.

—Y luego volverás a jugar a la guerra, como siempre —reprochó ella con tono mucho más serio—. Me figuro que no has hablado con Anna.

—No me ha dado tiempo. Quería verte para preguntarte por padre...

—Y me has encontrado follando con un gordo que no conoces —Carla volvió a girarse y apagó el cigarrillo sobre un cenicero de cristal—. Lo cual no te gusta, claro; porque, aunque no te hablaras con nuestro padre, sí que conservas su manera de ver la vida. Sois iguales, Mat: no os importa nada.

—No me jodas, Carla —protestó Mat—. He dejado una misión a medias para venir al entierro...

—No me tomes por gilipollas, por favor —ella se giró hacia él. La voz era ahora tan dura como la de su hermano—. Has venido porque te ha dado la gana. Tú no dejarías una misión a medias ni por la muerte de tu madre.

Mat apretó los dientes y encajó el golpe con aplomo. Era cierto que no había acudido al funeral de su madre, cinco años atrás, por culpa de una complicación en la misión que entonces cumplía.

—Vuelve ahí arriba —ella señaló al techo con el dedo índice derecho— y busca a tu mujer. Tenéis que hablar.

Carla siempre conseguía apaciguar su ira. Aunque la hubiera pillado trajinándose a un desconocido en su despacho y esnifando cocaína, ella siempre era capaz de aplacarlo como si supiese que palabras exactas debía pronunciar. Lo desactivaba. No en vano, aunque no lo pareciese, era la hermana mayor. Él la respetaba. Suspiró lentamente y abandonó el despacho en silencio.

Un grupo de hombres hablaba en voz alta en el pasillo. Dos de ellos, vestidos con la poco agraciada chaqueta azul que los identificaba como miembros de la seguridad del edificio, se giraron hacia él. Eran tipos de complexión fuerte, posiblemente antiguos policías o militares que encontraban un salario mucho mejor en la seguridad privada.

—Debe marcharse, señor León —dijo el que parecía ser el de mayor rango—. El señor Sanz nos ha ordenado...

—Yo me lo llevo —intervino una mujer a su espalda.

Anna se dejó ver entre los corpachones y se acercó a Mat. Vestía un traje de noche largo de satén oscuro. Era una mujer morena muy atractiva, de mirada dura azul como el hielo, rostro circular enmarcado por una melena morena que caía sobre sus hombros esbeltos. Ella y Carla eran las mujeres más atractivas que él había conocido, y sonrió cuando se acercó.

—Hola, cariño... —dijo en voz baja.

Ella lo contempló con frialdad.

—Vamos al garaje —susurró con aspereza mientras caminaba por el pasillo. No se detuvo al llegar a la altura de su marido, y uno de los miembros de seguridad tendió su bolsa de lona a Mat. Éste ahogó un juramento y siguió los pasos de su mujer tratando de controlar la frustración que sentía.

¿Qué coño pasaba?

2

Silencio.

Siempre se hacía el silencio durante las primeras horas tras regresar de una misión. Estaba acostumbrado a ello. Mat observó las calles de Madrid desfilan a toda velocidad más allá del cristal del deportivo BMW negro que conducía su mujer.

—He pillado a Carla follando a un tipejo en su despacho —dijo a modo de disculpa—. Joder, también la he pillado esnifando coca. Me ha tocado el marrón completo.

—¿Y qué coño te importa lo que haga tu hermana, Mat? —replicó Anna con tono agresivo, sin desviar la mirada de la carretera. Las luces de la Gran Vía arrojaban reflejos plateados sobre su rostro, y Mat giró la mirada. Estaba preciosa cuando se cabreaba.

—Algo me importa...

—El tío al que le has cascado las pelotas es el CEO de una empresa con la que queremos hacer negocios, gilipollas —su voz sonaba hueca, carente de sentimientos—. Ahora vas a añadir algunos ceros al precio que nos va a poner.

—No me puedo creer que Roberto...

—¿Permita que su mujer se folle a quien puede ayudarles en la empresa? ¿Has visto a tu hermana?

—Pero...

Una chispa de indignación prendió en la voz de Anna.

—Ella usa su cuerpo para su beneficio. ¿Tanto te jode? ¿Es que eso solo lo podéis hacer los hombres?

Lo miró un instante, pero luego fijó la mirada de nuevo en la carretera. Mat creyó distinguir en aquella mirada un haz de luz furiosa. Luego Anna musitó una frase en voz baja.

—Puedes decirlo en alto —dijo él con tono duro.

—Pu-tos-ma-ri-nes —contestó ella lentamente—. Me tenéis hasta los ovarios. Todo el puto día liados de misiones a tomar por culo de vuestra casa.

—Es mi trabajo —se defendió él. Ya conocía el terreno que pisaba en la conversación. Aquel reproche era ya habitual—. Además, dejé el cuerpo de Marines para regresar a España, como querías.

—Lo hiciste para dirigir la seguridad de la empresa —completó ella—, y duraste dos meses en el cargo.

—Sabes bien que tu primo y yo no somos compatibles.

—Estabas deseando discutir con él —prosiguió ella con desprecio—. El señor Marine no aprueba el comportamiento de mi primo, como si el tuyo fuese ejemplar. ¿A cuántas mujeres te has tirado en acto de servicio?

Aquella pregunta era tan inesperada, que Mat contuvo el aliento sorprendido.

—Sí, Mat —prosiguió ella como un tiburón que ha detectado sangre en las cercanías—, sé lo que hacéis los de tu unidad. Sois unos putos espías, unos espías macizos como el puto Daniel Craig. Y os folláis a quien sea con tal de cumplir con vuestra misión.

—No soy un espía, Anna...

Se habían detenido en un semáforo, y ella sostuvo la mirada en él durante un largo instante, como si deseara estudiarlo detenidamente.

—¿En qué coño trabaja, Sargento de Artillería Matías León?

Él giro el rostro, molesto. Cuando ella empleaba su rango lo hacía de manera agresiva, como un reproche. A sus casi cuarenta años, su rango debería ser al menos el de capitán. Pero había sido degradado en más de cinco ocasiones, y era consciente de que en el ejército español no ascendería fácilmente. Estaba estancado, y ella lo sabía. Por eso se lo reprochaba: podría ser un alto mando del ejército, quien sabe si de la OTAN, pero por culpa de su temperamento no era más que un simple Sargento de Artillería. Pero ella tenía algo de razón: colaboraba con el CNI en algunas misiones en el exterior.

—Estoy casado contigo, Anna —dijo él tras un largo silencio—. No me he acostado con nadie, ni siquiera cuando me lo han pedido para sacarle información a nuestros objetivos.

—Ya, no te lo crees ni tú —respondió ella.

—No miento.

—Me refiero a lo de que estamos casados.

Mat la observó, confuso. Su mirada brillaba ahora, y aunque de nuevo se habían detenido de nuevo, mantenía la vista fija en algún punto del exterior.

—Estoy harta de ser la mujer de un militar —prosiguió lentamente, con un tono más amargo—. Estoy harta de esperarte, Mat. La vida pasa mientras yo estoy sola en casa, mientras tú te juegas la vida por una mierda de país, que ni siquiera sabe reconocer tus servicios con un puto ascenso.

Anna no era española, aunque había vivido en España durante toda su vida. Su madre huyó de Estados Unidos y se instaló en España junto a su familia española tras una separación muy dolorosa, de manera que Anna y Roberto habían crecido juntos casi como hermanos, ya que la madre de él también era norteamericana. Cuando Anna conoció a Mat ambos estudiaban en la Universidad de Las Vegas, y se casaron antes de que él ingresara en el cuerpo de Marines. Al comienzo del matrimonio ella se mostró muy conforme con la vida militar estadounidense, pero años después decidió aceptar una oferta de trabajo en la inmobiliaria de su primo. Él se instaló en España con ella solicitando el traslado a la Embajada de los Estados Unidos en Madrid, pero aquel puesto no era el indicado para él, por lo que tramitó una excedencia para trabajar en la empresa de Roberto. No duró ni dos meses, por lo que decidió probar con el ejército español, quien lo acogió con los brazos abiertos.

—Es lo que hay, Anna —suspiró—. Te casaste con un militar. Sabías como era yo, que no regresaría a España a trabajar en la empresa de mi padre, ni que aguantaría mucho trabajando con tu primo. Somos como agua y aceite.

—Ya no —dijo ella con tono ronco—. Quiero el divorcio, Mat. No quiero seguir casada contigo más tiempo.

Mat guardó silencio. Era consciente de que su matrimonio hacía aguas desde años atrás, y no se lo reprochaba a su mujer. Ya habían tenido conversaciones similares anteriormente. Tomó aliento lentamente. Sentía una frustración en el pecho que lo ahogaba. Necesitaba liberarla.

—Para el coche cuando puedas, Anna —dijo con tono duro y ausente—. Para en cualquier lugar.

—¿Qué vas a hacer? ¿Te vas a meter en otra pelea, como siempre? —su tono parecía decepcionado—. Joder, Mat. Siempre pasa lo mismo. Hablamos y luego tú te piras por ahí, te metes en problemas y luego te degradan, porque resulta que le has partido la cabeza a un superior. No tienes cojones a asumirlo como un hombre: lo haces como un salvaje.

—Te he dicho que pares —insistió él.

Anna apretó los labios con frustración y detuvo el coche en una parada de autobús.

—Al menos, consigue que no te detengan —dijo ella mientras Mat abandonaba el vehículo—. ¡No pienso ir a recogerte a ninguna comisaría!

Él no respondió. Se giró y caminó lentamente con la bolsa de lona colgada de un hombro. El BMW arrancó con violencia y las ruedas rechinaron sobre el asfalto.

El pub O'Hara había formado parte de la vida de Mat desde que regresó a Madrid años atrás. Siempre había sido un local frecuentado por una clientela variopinta y ruidosa, siempre fiel al local y de los que podría narrar algunas aventuras familiares. Pero el lugar había cambiado demasiado en tan poco tiempo, que Mat negó lentamente con la cabeza. Apuró la pinta de Guinness y la depositó sobre la barra reluciente. Tras incorporarse con pereza, lanzó una mirada huraña a un grupo de ejecutivos que sostenían sus copas de manera despreocupada mientras discutían entre sí y lanzaban estridentes carcajadas vestidos con sus trajes caros. La decoración había cambiado también, y ahora el lugar parecía uno de aquellos pubs de estilo irlandés de imitación tan habituales en muchas ciudades. Todo era impostado, ni la madera deslustrada era auténtica, ni los carteles de colores que colgaban del techo procedían de un lugar remotamente relacionado con Irlanda. Ni siquiera los camareros habían perdurado. Ronan, un irlandés pelirrojo con rostro seco como una uva pasa y cabello pajizo del color del fuego, había dado paso a una pareja de camareras cuya finalidad parecía contornear sus bonitas figuras mientras destrozaban las cervezas que servían. Los clientes parecían satisfechos, ya que Mat jamás había contado antiguamente más de diez parroquianos en el local, y en aquella ocasión estaba abarrotado. Tras depositar un billete de diez euros sobre la barra del bar se dirigió hacia los aseos lentamente. El aseo masculino estaba situado en un largo pasillo al que se accedía también a la salida de emergencia, y se detuvo un instante extrañado. Aquella puerta de seguridad debería permanecer cerrada, ya que el acceso al lugar debía ser controlado por los porteros en la entrada principal. La voz de una mujer se elevó sobre el rumor de las voces del local, y Mat apretó los dientes, ya que le pareció que la voz parecía asustada. Tensó el cuerpo y caminó lentamente hacia la puerta para asomar la cabeza con precaución: observó que la salida accedía a un callejón estrecho y mal iluminado del que procedía un alboroto de voces. De nuevo un quejido femenino volvió a tensar los músculos de Mat.

—¡Soltadme, hijos de puta! —exclamó la voz de mujer.

Mat se asomó un poco más y distinguió a un grupo de cinco hombres alrededor de una mujer. Ellos parecían divertidos y la toqueteaban con lascivia. Vestían de igual manera que el resto de la parroquia del interior, y la muchacha trataba de apartarse de ellos sin éxito. Era una mujer de baja estatura y muy bien proporcionada, melena rubia alborotada y rostro moreno y atractivo. Llevaba un vestido corto azul y se encontraba descalza. Parecía una jauría de hienas acosando a su presa.

El sargento de artillería Matías León actuó de manera automática sin dudarle. La ira que acumulaba después de la conversación con su mujer afloró en su mente como un torrente de energía imparable. Ya no era capaz de pensar como un civil, ni siquiera como un soldado adiestrado. Él sabía que debía contener aquel flujo incontrolable, pero en ocasiones era muy útil, ya que parecía que otra personalidad tomaba el control de sus actos. Todo cambiaba. Y, cuando aquella espesa y placentera cortina mental se despejaba y recuperaba la calma, se sentía aliviado como si hubiera expulsado un contenido nocivo que abrasaba su interior. Era consciente de sus actos, por supuesto, y en ocasiones tomaba el control con rapidez para evitar males mayores, pero en aquel momento dejó que su ira machacara a aquellos borrachos abusadores ataviados con trajes más caros que su nómina mensual.

El ataque fue feroz y por sorpresa, como si un león hubiera sorprendido a la pequeña manada de hienas mientras estas se divertían confiadas. Derribó a uno de ellos con un violento y salvaje puñetazo en la zona baja de la espalda. El impacto fue terrible y lo derribó en el acto. Derribó al más cercano con un rápido directo en el mentón que lo convirtió en un guiñapo trajeado. Pateó la entrepierna con rabia al desgraciado que mostraba restos de carmín en el rostro, y a los otros dos restantes los sometió a una lluvia de puñetazos y patadas tan intensa que en pocos instantes acabaron desplomados con los rostros ensangrentados. Luego procedió a machacar a los tres primeros aplicándoles un correctivo similar. Actuó en silencio, controlando la respiración y calculando los movimientos de manera meticulosa. Disfrutó.

Después Mat respiró lentamente y su mirada se aclaró.

—¿Estás bien? —dijo con voz ronca.

Ella se había apartado y se encontraba apoyada contra la pared. Se cubría el pecho con los brazos, como si sintiese vergüenza de lo ocurrido, y su mirada aterrada apenas la permitió afirmar lentamente.

—Cre... creo que sí —replicó ella.

Mat giró la vista al callejón y localizó los tacones de la muchacha, así que se dirigió hacia ellos y los recogió.

—Deberías tener más cuidado —añadió mientras se los ofrecía.

Ella permaneció un instante inmóvil, pero el miedo de su rostro se disipó tras recuperar los zapatos.

—Y lo tengo, joder —protestó. Trató de alisar el vestido lentamente con la mirada ausente—. Quedé con uno de ellos para una faena rápida. Creo que era ese al que le has reventado los huevos.

Se dirigió hacia el aludido, y tras comprobar que se encontraba inconsciente, esbozó una sonrisa y comenzó a registrarlo. Tras desvalijar la cartera extrajo de uno de los bolsillos interiores una pequeña bolsa transparente que contenía un polvo blanco, pero Mat se lo arrebató con un gesto rápido.

—¿Qué coño haces? —le espetó ella molesta—. Esa mierda vale una puta pasta. Me la vendió Danquee...

Guardó silencio al observar cómo Mat esparcía la droga sobre el suelo.

—Eres un puto flipado —protestó la muchacha con el rostro contraído por la ira—. Esa coca es cojonuda...

—No me hagas decirte qué es lo que me parecees tú —replicó él mientras registraba otro de los caídos.

Volvió a espolvorear el suelo con la droga, y repitió la operación con cada uno de ellos. Ella se cruzó de brazos y volvió a apoyarse contra la pared.

—De todas formas, muchas gracias —suspiró, más calmada—. Si no llegas aparecer con el rollo ese del Vigilante, estos hijoputas me habrían violado.

Parecía mucho más contenida, y su mirada mostraba una firmeza que instantes atrás había parecido soberbia. Mat esbozó una ligera sonrisa. Se aproximó unos pasos hacia ella con doscientos euros en la mano.

—Toma, creo que hoy te voy a necesitar —dijo mientras le tendía el dinero.

Ella respondió con una sonrisa pícara, y la mirada se iluminó.

—Bueno... —su voz parecía más suave, como si todo hubiera cambiado; como si aquellos doscientos euros hubieran obrado un efecto calmante a la frustración de contemplar tanto dinero en droga disperso por el suelo—. Siempre estoy dispuesta para macizos como tú...

Mat apartó con suavidad la mano que ella lo había tendido.

—Quiero que llames al camello ese —dijo con tono más duro.

Ella entrecerró los ojos, confundida. Un instante después suspiró:

—Tengo que encontrar mi bolso, creo que uno de ellos lo tiró por ahí —señaló al callejón con un gesto de la mano—. Primero riegas el suelo con la coca... ¿Y ahora quieres hacerle un pedido?

—Te daré otros doscientos al final de la noche —respondió él—. Ahora voy a ir dentro a mear. Mientras, busca tu bolso y llama a ese camello, parece que lo conoces. Queda con él en algún lugar cercano, creo que el Pub Norbert está cerca de aquí.

—Bueno, cuatrocientos pavos por toda la noche me parecen poco —repuso ella con un tono condescendiente—, pero teniendo en cuenta lo que has hecho, te haré un precio especial. Estás de suerte.

Mat replicó con un gruñido mientras regresaba al cuarto de baño.

El Pub Norbert se encontraba situado en una de las calles aledañas a la Gran Vía, donde los callejones iluminados por farolas antiguas y de pavimento desgastado ofrecían una imagen radicalmente diferente al de la arteria principal de Madrid. A Mat le gustaba recorrer aquellas estrechas callejuelas que lo transportaban a una época diferente, años atrás, y más genuina que la que se apreciaba no muy lejos de allí. El local era amplio y parecía profundamente remodelado. Mat gruñó cuando observó las paredes pintadas con un azul metálico mucho más moderno que el revestimiento de madera anterior. Focos de luz intermitente y de diferentes tonalidades, camareros recién sacados de una agencia de modelos, música caribeña estridente mezclada con grandes éxitos del momento, y una clientela tan diferente a los de los bares y pubs de alrededor, que Mat se vio visiblemente molesto al hacerse paso con la bolsa de lona desgastada.

—Joder, tío —dijo la muchacha con una carcajada mientras se encaramaba en un taburete junto a la barra—, pareces ridículo en este garito.

—Ha cambiado demasiado desde la última vez que vine —replicó Mat con voz seria.

Un joven camarero se aproximó a ellos y fijó una mirada intensa en ella. Luego les sirvió un tercio de cerveza a él y un malibú con piña a ella.

—Me llamo Lita —dijo ella al cabo de un largo rato.

Sostenía su copa con un ligero desdén, y bailaba lentamente siguiendo el ritmo de la música, consciente de las miradas de los hombres que la rodeaban. Mat había guardado silencio, encaramado en su asiento tan fuera de lugar como un perchero viejo plagado de cazadoras de cuero. Ella se contorneaba con la mirada ausente, dejándose llevar por algo que ni siquiera Mat podría imaginar. Sonreía a quien se cruzaba con ella y eludía a los peces que picaban en su anzuelo de ojos azules como una charca en verano, pero nunca se alejaba de Mat, como si deseara controlar que aquel desconocido que había irrumpido en su vida a puñetazos y gruñidos aun aguardaba con su cerveza caliente en la mano. El recuerdo de la hermana de Mat lo amargaba como un trago de tónica pura; la sordidez del despacho de lujo envuelto en los gemidos de ella, la coca distribuida sobre la mesa lista para ser consumida, la mirada de desprecio que Carla le había obsequiado cuando él la reprochó aquel comportamiento, formaban imágenes imposibles de apartar en aquellos momentos de espera. Sintió de nuevo la energía eléctrica que surgía cuando se encolerizaba, pero templó sus nervios controlando la respiración y fijando la mirada en los clientes del local. Trató de no pensar en el desastre que se avecinaba en su vida personal después de haber escuchado la temida frase de labios de Anna.

Lita se apoyó en la barra junto a él, y le sonrió.

—Puedes llamarme León —respondió Mat con voz tosca, consciente de que ella le había hablado minutos antes y él no había respondido.

—León el silencioso —replicó la muchacha con una sonrisa juguetona. Su mirada chispeaba a pesar de que no había probado su bebida. La imagen de la cocaína en el despacho de Carla se cruzó un nuevo instante en la cabeza de Mat —. ¿Qué haces en Madrid, León?

—Arreglar unos asuntos —Mat depositó la cerveza vacía sobre la mesa y se giró hacia ella. Sonrió con algo de amargura.

—Danquee no tardará en llegar —indicó ella con un tono algo más serio—. ¿Qué coño quieres de él?

La mirada de Mat se iluminó un instante.

—Camélatelo. Sabes como hacerlo. Quiero que te lo lleves fuera del garito a un sitio tranquilo. Ya sabes.

Lita apretó los labios con un gesto de extrañeza.

—Mira... tío. Por la pasta que me has dado no pienso follarme a un jodido camello. Me da asco.

—No quiero que te lo folles, Lita —Mat se incorporó lentamente y desvió la mirada hacia la puerta—. Quiero que te lo lleves a un sitio donde no haya nadie. Por cierto, creo que tu amigo acaba de llegar.

Mat se alejó de Lita a la vez que un tipo alto y delgado, ataviado con una chillona chaqueta deportiva una talla más holgada de lo necesario se aproximaba hacia ellos con la mirada fija en ella. Él también parecía fuera de lugar. Era de piel morena y cabello corto rizado. Una cadena de oro colgaba de un cuello tatuado con motivos ininteligibles. Mat pagó las consumiciones y se apartó hasta un lugar desde donde podría controlarlos cómodamente.

Lita abrazó al camello y este la alzó ligeramente, como si él también se alegrase de verla. Intercambiaron una corta conversación, y Mat observó aquel brillo en la mirada que se encendía en los hombres que alternaban con Lita. Era deseo, lujuria pura. De nuevo la mirada de Carla apareció en su mente como una ráfaga fugaz. Ella provocaba la misma mirada entre los hombres que la rodeaban.

Mat apretó los dientes. La pareja se dirigía hacia la puerta, así que Lita parecía que cumplía con su parte de la misión.

El corazón comenzó latir con mayor ritmo. No lograba apartar la imagen de la cocaína en el suelo del callejón del O'Hara, ni olvidar el reproche de Lita cuando ésta observó el polvo desperdiciado en el suelo. Odiaba la droga. Odiaba aquel maldito invento de los humanos, y lo hacía con todas sus fuerzas.

Cuando llegó al exterior del pub, el sargento de artillería León aun trataba de conservar la calma. Solo necesitaba mantenerla unos instantes más.

Lo logró a duras penas.

—————

Era una pareja que se manoseaba detrás de unos contenedores en un callejón oscuro. Dos figuras fundidas en una sola alejada de la luz apagada de una de las farolas que parecían languidecer en aquel apartado lugar. Mat escuchó besos y risas ahogadas. De nuevo la imagen de Carla se cruzó durante un momento fugaz para activar el detonador en su mente.

Apresó la nuca del camello con un gesto tan brusco y despiadado como si de un muñeco de trapo se tratara. Éste emitió un jadeo seguido por un gemido de sorpresa. Luego su cuerpo impactó contra la pared con un sonido seco y sordo, como el de un fardo arrojado desde lo alto. Mat lo incorporó de nuevo agarrándole el cuello y alzándolo con facilidad. Sus músculos parecían tensos como cables de acero y la mirada irradiaba un odio frío que heló la sangre de su víctima. Lo zarandeó provocando un sonido metálico mientras las pertenencias del desgraciado se desparramaban sobre el suelo: Una navaja, tres papelinas, una billetera metálica con un grueso fajo de billetes, las llaves de un BMW, la cartera...

Lita se había apartado, y se limpiaba la cara y el cuello con una toallita húmeda que había extraído del bolso. Observaba la situación con un gesto de desprecio dibujado en su rostro.

—Esta no es tu noche de suerte —dijo Mat mientras clavaba la mirada en la del individuo. Éste trataba de forcejear con las manos para deshacerse de la presa, peor parecía un pez colgado de un anzuelo que boceaba desesperadamente—. Necesito dos cosas de ti.

Mat no aguardó la respuesta. Aflojó ligeramente la presa, lo cual permitió a su víctima tomar algo de aire.

—Quiero que me digas quien coño es tu proveedor —dijo lentamente—. Quien te pasa el material.

El aludido negó con la cabeza durante un instante.

—Vamos a ver, mierdecilla —la voz de Mat se endureció—. Los colegas con los que has llegado al garito, y que os seguían, están ahora mismo tirados en otro callejón parecido a éste. Nadie te va a salvar el culo. O me dices quien coño te pasa esta mierda, o te arranco el cuello ahora mismo y se lo mando a tu madre como regalo de Navidad.

Rodolfo Valentín Segriegas, conocido como Danquee, asintió lentamente. Mat aflojó la presa por completo.

—Los... hermanos... —Danquee tosió con fuerza y luego boqueó aceleradamente—. Los Flecós...

—¿Dónde viven? —inquirió Mat.

—Un... chalet...en Coslada. Calle Delfín 30. Pero allí no tienen la mercancía...

Mat sonrió ligeramente, y su mirada cobró algo de humanidad.

—Me importa una mierda donde tengan la mercancía —replicó con un gruñido. Se agachó para recoger las llaves del coche—. ¿Dónde has aparcado?

—¡Que te jodan, puto! —protestó Danquee con la voz aún apagada. Su mirada brillaba de odio—. No me vas a robar el puto coche, hijoputa.

Mat volvió a zarandearlo con violencia, ignorando las patadas y arañazos que su víctima trataba de propinarlo.

—Ha aparcado delante del Norbert —informó Lita—. Quería llevarme allí...pero le convencí...

—Gracias, Lita —interrumpió Mat con un gesto áspero—. Has hecho un buen trabajo.

—¿Qué coño vas a hacer con este gilipollas? —la voz de ella mostraba desprecio y desdén.

—Veo que no te cae muy bien —replicó Mat.

Mantén la presa firmemente asida, y las manos del camello trataban de liberarse desesperadamente.

—Me da asco.

Aquellas palabras volvieron a activar la espoleta en el corazón de Mat. Sus ojos se nublaron durante un instante y el rostro se contrajo en una mueca de desprecio e ira. Cerró la presa y el cuello de Danquee crujió con un chasquido seco. Al instante se desplomó sin vida, y Mat lo observó con frialdad mientras se ajustaba los guantes de las manos.

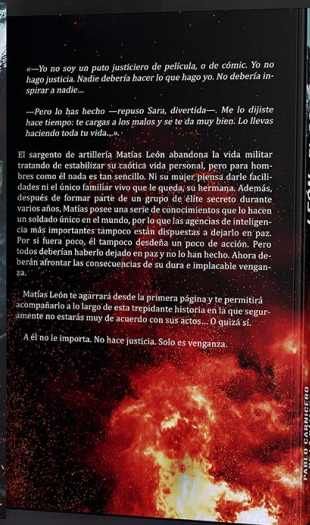
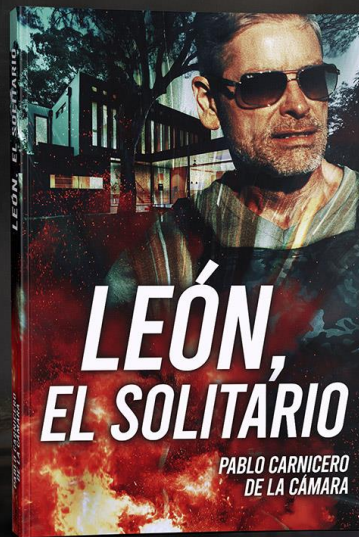
—Lo..has... —la voz de Lita balbuceaba a sus espaldas.

—Esta rata no trapicheará más, Lita.

Mat se giró. La mirada parecía más limpia y calmada, como si hubiera apartado un grueso nubarrón de ella. Los músculos de la cara se habían relajado e incluso sonrió ampliamente. Lita se apartó dos pasos, aturdida. Luego, Mat recogió del suelo el billetero metálico, deshizo las papelines con varios pisotones, e introdujo el cuerpo sin vida del camello en el contenedor de basura.

—Vamos, Lita —añadió con firmeza. Mostró las llaves del BMW—. Aún nos queda trabajo por hacer.

¿Te ha gustado lo que has leído? ¿Te apetece acompañar a Matías en sus aventuras? No lo dudes y pincha en el enlace para adquirir la novela: [COMPRA LEÓN, EL SOLITARIO.](#)



—Yo no soy un puta justiciero de película, o de cómic. Yo no hago justicia. Nadie debería hacer lo que hago yo. No debería inspirar a nadie...

—Pero lo has hecho —repuso Sara, divertida—. Me lo dijiste hace tiempo: te cargas a los malos y se te da muy bien. Lo llevas haciendo toda tu vida...

El sargento de artillería Matías León abandona la vida militar tratando de estabilizar su caótica vida personal, pero para hombres como él nada es tan sencillo. Ni su mujer: ponerle dadas facilidades ni el único familiar vivo que le queda, su hermana. Además, después de formar parte de un grupo de élite secreto durante varios años, Matías posee una serie de conocimientos que lo hacen un soldado único en el mundo, por lo que las agencias de inteligencia más importantes tampoco están dispuestas a dejarlo en paz. Por si fuera poco, él tampoco desdén un poco de acción. Pero todos deberían haberlo dejado en paz y no lo han hecho. Ahora deberán afrontar las consecuencias de su dura e implacable venganza.

Matías León te agarrará desde la primera página y te permitirá acompañarlo a lo largo de esta trepidante historia en la que seguramente no estarás muy de acuerdo con sus actos... O quizá sí.

A él no le importa. No hace justicia. Solo es venganza.

